

Proust como lector: críticas al paradigma epistémico

*por Leopoldo Rueda
(Universidad Nacional de La Plata)*

RESUMEN

*El paradigma epistémico aplicado a la recepción artística en general y en particular a la lectura, puede derivar en que o bien la lectura consista en la búsqueda de una verdad inmanente al texto o bien que se la considere como un hecho puramente emocional sin contenido cognoscitivo. La concepción de Proust en *Sobre la lectura* (prólogo a *Sésamos y lirios* de Ruskin) resiste a ambas posibilidades. Proust como lector no encuentra en las obras tesis, esto es proposiciones con contenidos de verdad, sino más bien podríamos pensar que encuentra deseos, motivos. Sin embargo esto no carecería de contenido cognoscitivo en un sentido amplio. En este trabajo proponemos entonces analizar las consideraciones proustianas en torno a la experiencia de la lectura, consideraciones que entendemos que contradicen el paradigma epistémico y proponemos hacerlo a partir de un texto que, en tanto prólogo a otra obra, es también él mismo un ejercicio de lectura, algo que Proust no olvida.*

PROUST – LECTURA – PARADIGMA EPISTÉMICO DE LECTURA – VERDAD – CREATIVIDAD

La modernidad puede ser pensada a partir de aquella consideración heideggeriana como la “época de la imagen del mundo”, esto es, la modernidad abre la perspectiva según la cual el mundo se vuelve objeto de conocimiento, el sujeto un sujeto que debe dominarlo y la experiencia pierde su espesor al ser reducida a su dimensión exclusivamente epistemológica.

No obstante, frente a este reduccionismo, el arte puede ser una forma de devolver a la experiencia su espesor, o de encontrar en la experiencia estética un lugar donde superar dicho reduccionismo y recobrar dimensiones perdidas de la vida.

El paradigma epistémico aplicado a la recepción artística en general y en particular a la lectura, puede derivar en que o bien la lectura consista en la búsqueda de una verdad inmanente al texto o bien que se la considere como un hecho puramente emocional sin contenido cognoscitivo. La concepción de Proust en *Sobre la lectura* (prólogo a *Sésamos y lirios* de Ruskin) resiste ambas posibilidades. Sostiene que la sabiduría de los autores de libros no es darnos respuestas a las preguntas que planteamos, sino que “todo lo que pueden hacer es darnos deseos”. De este modo, Proust como lector no encuentra en las obras tesis, esto es proposiciones con contenidos de verdad, sino más bien podríamos pensar que encuentra deseos, motivos. Sin embargo no carecería de contenido cognoscitivo en un sentido amplio.

Esta idea de Proust se pone en juego artísticamente en la primera parte del prólogo en el que narra una experiencia de lectura de la cual no extrae ideas generales sino que extrae un acontecimiento único, singular. La experiencia de la lectura, narrada poéticamente, da cuenta del yo arrojado al mundo, un yo no objetivado que se encuentra con la incomodidad de la silla, con la molestia de un abejorro, con la ansiedad por continuar la lectura interrumpida.

En este trabajo proponemos entonces analizar las consideraciones proustianas en torno a la experiencia de la lectura, consideraciones que entendemos contradicen el paradigma epistémico y proponemos hacerlo a partir de un texto que, en tanto prólogo a otra obra, es también él mismo un ejercicio de lectura, algo que Proust no olvida.

El mundo como imagen y el reduccionismo epistemológico

Un meditador solitario, en el refugio de su habitación, cobijado por la estufa, constata con tristeza el deplorable estado del saber de su época, y buscando un punto fijo, decide restituir la plenitud del saber desde nuevas bases. El meditador recorre entonces las fuentes por las que el conocimiento puede ser obtenido, no encontrando en ellas la garantía de certeza anhelada, no

obstante lo cual encuentra un primer conocimiento, el yo pensante existente, un yo prístino para sí mismo. El yo como lo primero conocido es el punto de partida de la tradición gnoseológica y metafísica moderna y sin duda aquí radica su novedad. No obstante, la exigencia de certeza absoluta para todo aquello que pueda ser considerado “conocimiento” es un supuesto que arrastra la tradición filosófica anterior.

En Proust en cambio la reflexión comienza no por la propia constatación de los saberes errados, sino por la lectura. Un niño relata su experiencia de lectura, la vocación de encontrar en los libros la belleza, el modelo de la misma. El niño se arriesga incluso a desobedecer a sus padres para terminar un libro.

El meditador reniega de toda autoridad en la búsqueda de la verdad, pero no pone en duda la existencia de un yo monádico, firmemente constituido, aquiescente. Paradójicamente, este radical negar cualquier autoridad le impide ver que el marco conceptual sobre el que está constituido su meditación sigue atado a ella. Proust en cambio, como declara en esos primeros pasajes de *Sobre la Lectura* se subordina a la autoridad y es desde allí, dialécticamente, al decir de Harold Bloom, que se deshace de las influencias. Ahora bien, ¿cómo debe ser esa lectura para que la sumisión a la autoridad pueda volverse genuina creatividad?

Fenomenología de la lectura, autoridad y verdad

Melamed y Moran sostienen que la obra de Proust contiene a la vez una Dogmática y una puesta en obra, esto es, una serie de afirmaciones acerca de lo que el arte debe ser y al mismo tiempo un ejercicio artístico que, supuestamente, debería probar aquellas afirmaciones.

Debe considerarse que antes de escribir *A la Recherche* Proust desarrolló una profusa labor como crítico de arte, ocupándose no solo de la literatura, sino que también de la música, la pintura, la arquitectura, etc. A la crítica literaria y artística que ejercita Proust podría caberle aquella consideración de Barthes según la cual la segunda escritura de una primera escritura abre “el camino de márgenes imprevisibles, suscita el juego infinito de los espejos” (1972: 13). En este sentido la crítica no juzga la obra sino que habla del lenguaje en vez de servirse de él, y este es un poder subversivo.

En *Sobre la lectura*, texto que podría situarse en este conjunto de crítica de arte, Proust rememora la experiencia propia de la lectura de aquellos libros que en la infancia se volvían nuestros libros favoritos. Es llamativo que en esta descripción de la experiencia de lectura poco se diga sobre el contenido interno de las obras -aun cuando haya referencias vagas- sino que más bien se abstrae aquí una estructura de la experiencia. Rechazar la invitación a otra actividad, la incomodidad de una luz que se va yendo, la ansiedad por retomar la lectura luego de un corte impuesto por otros, la molestia que implican los otros, las conversaciones que se interponen con la lectura, el cambio de posición y la importancia de los lugares físicos.

Proust ejecuta aquí una fenomenología del acto de lectura, en el cual la mirada eidética hace *epojé* incluso de las tramas narrativas de lo leído para concentrarse en lo fundamental. Entendemos como profundamente innovador esta mirada proustiana, en tanto saca a la luz que la situación de lectura se entrama con lo narrado de manera inherente, siendo todo el contexto el sentido de la novela al punto de que la rememoración investigadora con que empieza Proust a analizar la lectura no puede separar la *jornada* de lo leído.

Este procedimiento evocativo tiene para Proust el carácter de una demostración de la tesis que se formula en los siguientes términos: las lecturas “(...) lo que dejan sobre todo en nosotros es la imagen de los lugares y de los días en que las hicimos. No he escapado a su sortilegio: queriendo hablar de ellas, he hablado de cualquier cosa excepto de los libros, pues no es sino de ellas de lo que ellos me han hablado”. (2003: 41).

Esta tesis acerca del papel de los libros y de la lectura se opone a lo que Proust llama una perspectiva cartesiana, en tanto el filósofo francés sostenía que “la lectura de todos los buenos libros es como una conversación con las personas más honorables de los siglos pasados, que fueron sus autores” (Citado en Proust sin referencia). Según Proust, Ruskin adhiere a esta

perspectiva. En efecto, Ruskin considera que la lectura es una especie de conversación con hombres más sabios, que enriquece nuestro espíritu y cuyos sentidos parecen estar cristalizados, al punto de que cualquier lector del cual se pueda decir que comprendió la novela o el libro en general debería haber entendido *lo mismo*. A esto podemos llamar un paradigma epistémico de la lectura.

Según este paradigma, el lector en su lectura se encuentra con un contenido de verdad presente en los textos, inmanente a ellos y único. La tarea de lectura es básicamente una tarea que aunque no lo quiera se vuelve cognoscitiva, en la que los autores, figuras fuertes que imponen su autoridad gnoseológica, son enunciadores de verdad en términos de esa misma autoridad que se les confiere. Con esto queremos notar un movimiento que se produce en este paradigma: aquí, la autoridad de alguien sobre nosotros depende de que ese alguien se muestra como poseyendo alguna verdad.

En cambio, en el modelo de lectura que Proust no está proponiendo, la autoridad y la verdad se ligan de forma diferente. Proust sostiene que la lectura es un milagro fecundo en el que la comunicación se da en el seno de la soledad, y que el papel que tienen en nuestra vida es muy distinto del papel espiritual asignado por Ruskin. En este sentido, para Proust la autoridad que un autor tiene por sobre nosotros se da no porque posea una verdad sino por la creación de algo original, de una belleza que experimentamos y que nos comunica otro tipo de realidad a la que no tenemos acceso. Dada la autoridad que dicho artista adquiere a nuestros ojos, buscamos en él otras verdades, esto es, cómo serían las cosas en ese otro plano que el autor nos ha hecho avizorar. El problema es que para Proust aquí es donde los buenos libros enmudecen y que dichas respuestas no nos son ofrecidas. En efecto, Proust sostiene que:

uno de los grandes y maravillosos caracteres de los buenos libros [es] que lo que para el autor podrían llamarse <<conclusiones>>, [son] para el lector <<incitaciones>>. Sabemos muy bien que nuestra sabiduría comienza donde termina la del autor, y quisiéramos que nos dieran respuestas, cuando *todo lo que puede hacer es darnos deseos* (2003: 45).

Justamente lo que encontramos aquí es la puesta en superficie de un proceso donde desde la autoridad se buscan nuevas verdades, y de la frustración de dicha búsqueda lo que se obtiene son deseos, deseos que se volverán productivos en tanto pueda considerarse como ley el hecho de que no podemos recibir la verdad de nadie, y que debemos crearla por nosotros mismos (2003: 45). Ahora bien, si el meditador cartesiano se deshacía de la autoridad para encontrar dentro de sí mismo una verdad de la cual en última instancia no era creador, sino que la misma era puesta por la inteligencia divina en tanto que verdad innata, Proust encuentra que en la subordinación a la autoridad dada por la belleza llegamos dialécticamente a la revelación de que dichas verdades no pueden ser más que nuestras creaciones.

Experiencia de lecturas y creatividad: el lector como creador de nuevas verdades

Tenemos entonces un modelo de lectura que busca en los textos una verdad, verdad que en cierto sentido es externa al sujeto-lector, verdad que permanece allí en los libros aun cuando no haya nadie que ponga en obra la lectura. Este modelo, quisiéramos notar aquí, depende de una particular concepción filosófica acerca del carácter de la experiencia, del conocimiento y de la verdad. Esta concepción pone a los objetos de conocimientos como algo estable y externo a los sujetos -reificándolos, haciéndolos cosas siempre *ahí disponibles para nosotros-* y al mismo tiempo considera que los sujetos son principalmente sujetos de conocimientos que deben espejar a esos objetos. A esto llama Rorty (2009) el “modelo del ojo de la mente”, en tanto éste trata de establecer cuáles son los marcos a priori que permiten fundamentar las pretensiones de conocimiento, entendiendo a este último como correspondencia con una realidad que espera ser representada con exactitud por nosotros. En este modelo, la experiencia queda reducida a su componente epistemológico, mero material para nuestras representaciones. Pero el sujeto

también queda condenado a un lugar de mero receptor, mero espejo, que sólo debe reflejar lo que las cosas son. Así, Heidegger caracteriza a la modernidad como “la época de la imagen del mundo” porque el mundo se convierte en espectáculo, representación de un sujeto, que cuando se dirige sobre sí mismo, se convierte simultáneamente en sujeto y objeto. Se trata de un mundo convertido en objeto de conocimiento y de dominio. Por último, la verdad es el resultado de las operaciones técnicas legítimas que realice este sujeto sobre el mundo, es en última instancia la respuesta del mundo a las preguntas correctamente formuladas del sujeto.

En Proust y su modelo de la lectura encontramos otra vía de consideración. En la experiencia de la lectura, modelo de la recepción general del arte, lo que el “objeto” -ahora ya no reificado- nos proporciona es la ocasión de experimentar una creación de nuevas “verdades”, pero al modo de conjeturas que posibilitan formas renovadas de entender el mundo o mejor aún, el acceso a otros mundos. Esto se logra en un proceso dialéctico en el cual primero el sujeto ha de subordinarse a la originalidad de un artista.

Para Proust, la creación innovadora de un artista original puede ser comparada con una catástrofe geológica. Como manifiesta en la novela ficcionalizando la teoría del genio de Kant, las obras de un artista conforman un universo único y singular, se trata de un nuevo mundo, absolutamente desconocido hasta el momento de su creación (Melamed 2010)

Poner en obra una nueva verdad es para el lector un ejercicio creativo, en el cual lo que el artista a lo sumo puede hacer es que deseemos conocer ese mundo, pero que es nuestra tarea darle contenido. Proust demuestra estas tesis de manera particular y magistral en su novela cumbre, donde los mundos artísticos se van entrelazando con la vida, donde las obras van cambiando su sentido para los distintos receptores, e incluso para el mismo receptor en distintos momentos de su vida.

Más aún, esto se demuestra en el propio procedimiento constructivo, donde no pueden aislarse tesis coherentes, sino que las distintas ideas son probadas y refutadas a lo largo de la novela. El lector queda frente a la novela como frente a una paradoja, intentando dar sentido a la tensión. La novela misma pone en obra aquella consideración de lectura que se anuncia en este texto anterior de Proust. *En busca del tiempo perdido* puede ser abordada como una novela sobre las lecturas del joven Marcel y los demás personajes, en lo que lo que importa no es tanto Bergotte, Sand, Sevigné, Balzac, Mallarmé, Racine, Lamartine, Victor Hugo, etc., sino la interminable influencia y efecto de estos sobre el lector, lo que ellos le han dicho sobre la vida a los protagonistas, las ópticas que le han ofrecido. Así, los libros y las obras de arte funcionan como una linterna mágica o un prisma, siempre en la mano de los sujetos, que ven mujeres Rembrandt o viven *a la Sevigné*.

De esta manera, la novela sigue un procedimiento constructivo en el que las distintas obras organizan la trama entrelazándose de manera no mecánica con los acontecimientos, dándoles nuevos sentidos, funcionando como fondo de interpretación posible. La novela pone en obra la consideración teórica de la lectura.

Es por eso que sostenemos que si hay un componente de “verdad” en las obras, esta es una versión de la verdad en la que son los artistas y los receptores los que producen las condiciones de posibilidad en que se vuelven verdaderas. Y entonces es tarea de los lectores recrear esas condiciones de verdad, volver posible esas otras verdades, crear un mundo donde otras verdades sean efectivamente verdaderas.

Lo que queda en definitiva de la lectura es la experiencia del lector, su ansiedad por terminar pero su tristeza cuando efectivamente esto sucede, sus peripecias para leer un ratito más, las conversaciones que se van entrelazando a la lectura, el abejorro que molesta, la brisa que seca la vista, la luz siempre insuficiente y la búsqueda de una mejor postura, la posibilidad de avizorar otros mundos y la tarea de pensar cómo es que serían.

Queriendo hablar de Proust, tal vez no haya hablado más que de filosofía, pero porque es de ella de la que Proust me ha hablado. Proust, queriendo hablar de Ruskin, no ha hablado más que de sus lecturas, porque es de ellas -en definitiva- de lo que Ruskin le ha hablado.

BIBLIOGRAFÍA

Barthes, Roland (1972). *Crítica y verdad*, trad. José Bianco, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

Moran, Julio César (2005). “Las lecturas según Marcel Proust”. *Proust más allá de Proust*, La Plata, De la Campana.

Moran, Julio César y Analía Melamed (2005). “Del Proust teórico al Proust novelista”. Moran, Julio César (comp.) *Proust más allá de Proust*, La Plata, De la Campana.

Proust, Marcel (2003). *Sobre la lectura*, trad. Miguel Catalán González, Valencia, Universitat de València.

Rorty, Richard (2009). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, trad: Zulaica Jesús Fernández, Madrid, Cátedra.